

hay que notar no sólo que muchos de los padres de testigos conocieron á Juan Diego, sino la certeza incontestable con que han recibido de sus padres y conocidos la vigorosa tradición. ¡No! esto no es sino la verdad. Las informaciones de 1666 son un gran acontecimiento. ¡Bendito sea el Dr. Siles que las promovió y las supo llevar á cabo! ¡Bendito el que ha emprendido consagrar un cuadro pictórico conmemorativo como el que tan felizmente ha ejecutado nuestro compatriota el Sr. Ibarrarán y Ponce!

Ya en otro lugar notamos la importancia que también ha sabido dar nuestro apologista á la tesis relativa á la existencia y diversidad de historias primitivas de la Aparición; en esto ha hecho adelantar mucho á nuestra santa causa.

No consiste sólo en lo dicho el gran mérito del libro del amabilísimo Dr. de la Rosa, pero ello basta para las condiciones de sobriedad á que este ensayo nuestro debe sujetarse.



## CAPÍTULO XVI.

*Otros insignes beneméritos de la santa Causa Guadalupana.— Ilmo. Sr. Loza.—La protección á los trabajos de Anticoli y González y su inspiración de la obra del Doctor de la Rosa.— Su Ilma. recabó los dísticos guadalupanos del inmortal León XIII.—Su traducción por S. Ilma.—Sr. Obispo Don Rafael Camacho.—Sus grandes méritos con la causa de nuestra Reina, con trabajos propios y protección á los del Sr. Vera y de otros apologistas.—Sin preferencias sistemáticas notamos los méritos de los Ilmos. Sr. Montes de Oca y Sr. Carrillo y Ancona.— El uno, entre otras producciones, con un distinguido sermón; y el otro, aparte de su notable escrito apologético de Octubre de 1888, con su sermón del 12 de Octubre, día de la Coronación, en la Colegiata.*

**E**AS facultades de un viejo Sargento á quien sus Generales dispensan la palabra, son un poco amplias, si son de fundarse en la buena voluntad del subalterno, quien no porque elogie, lo hace por adular, y no porque omita menciones, lo hace por sistema; pues bien sabe el que esto escribe, los muchos verdaderamente beneméritos que omite mencionar de la amable Corte de la gran Reina.

Vamos á dar dos ó tres pinceladas más acerca de los campeones que á lo pronto nos vengán á mención, en su calidad de apologistas ó protectores de tan santa obra.

Al más anciano y no menos benemérito, á nuestro Padre el Sr. Loza, corresponde muy alta mención en la noticia de trabajos por la causa de la amadísima Reina. ¡Cuánto le debe nuestra dichosa familia Guadalupana! En Guadalajara y bajo sus auspicios, han visto la luz pública los trabajos de Anticoli y de González, y á su mandato el Dr. de la Rosa ha emprendido el monumental trabajo de la apología latina, que ocupó tan motivadamente la atención de nuestro anterior capítulo. El Pastor jalisciense, propenso siempre en su sabiduría y

caridad á dar á la causa Guadalupana las proporciones de un suceso no sólo provincial sino católico en cierta manera, ha deseado, intentado y conseguido que en Roma leyese muchos en latín, difícilmente de leerse sino por pocos en castellano, las maravillas del Tepeyac. Ese fué el intento del libro del Dr. de la Rosa, según informes. Júzguese, por ende, acerca de la elevación de miras del anciano Pastor, decano del Episcopado Mexicano.

Después de esto, mírese cuán filial es el cariño de nuestro Padre al sucesor augusto de Simón Pedro, y cuánto honra á México ese cariño sublime, cuando el más anciano augustísimo Pontífice León XIII, recibe de nuestro Pastor jalisciense esta bienaventurada súplica:

«Santísimo Padre, llegue vuestra condescendencia á favorecernos con unos dísticos que consagreis á nuestra dulcísima Virgen del Tepeyac;» y el santo Padre nos regala con aquel par de dísticos tan valiosos para el arte cristiano como para la causa de María de Guadalupe, de Cristo y nuestro Padre celestial:

Mexicus heic pupulus, mira sub imagine gaudet  
Te colere, alma Parens, præsidioque frui  
Per te sic vigeat felix, teque auspice Christi  
Immotam servet firmior usque fidem.

A este insigne monumento, justo es acompañe la feliz traducción que de él hizo el mismo afortunado petionario:

En admirable imagen  
Oh santa Madre nuestra,  
El pueblo mexicano  
Gozoso te venera,  
Y tu gran patrocinio  
Con gozo y gratitud experimenta.  
Felíz y floreciente  
Por tí así permanezca,  
Y mediante el auxilio  
Que benigna le prestas,  
La fe de Jesucristo  
Fija conserve con tenaz firmeza.

En medio de estos horrores tan repugnantes, de frío glacial de la impiedad del siglo, ¡qué vivificante calor, qué placidez de escenas las que nos ofrecen esos dos ancianos pastores en la cariñosa correspondencia de sus religiosos afectos! No parece sino que se renuevan para la afligida México, aquellos consuelos con que de Roma á España se reanimaban el gran santo Pontífice Gregorio Magno y el gran santo Obispo Leandro de Sevilla, en sublime departimiento por epístolas inmortales acerca de los favores de la Reina del cielo María Santísima, para con uno y otro pastor, para con Roma y para con España.

Otro pastor es muy benemérito en esta gran familia: el Sr. Obispo Don Rafael Camacho. ¡Cuánto le debemos! Aparte de lo que escribiendo, y muy bien, ha trabajado por la gloria de la Reina, debémosle no menos la decidida y generosa protección con la cual los apolo-gistas de la Guadalupana, logran dar á la prensa sus filiales trabajos. Este buen hermano nuestro (hermanos somos por la filiación de una misma Madre celestial) no sabe desatender ninguna empresa en que sea el propósito servir á la Reina. ¡Bien haya el buen Sr. Camacho! A S. S. Ilma. debemos que no hubiesen tardado en darse á merecida luz tantos libros preciosísimos, como son los publicados por el actual Pastor y entonces sólo Presbítero Don Fortino H. Vera. Dios le conserve muchos años en plácida senectud.

Nuestro buen Padre el Rmo. Sr. Montes de Oca, tiene grandes méritos para con la Reina y su dichosa familia. Entre mucho que pudiéramos ofrecer á la vista, roba nuestra preferencia por su gran valor el concepto grandioso, original y acertadísimo en que el eminente nobilísimo orador nos presenta el paralelismo, la síntesis de tres grandes milagros de primer orden, con que el reinado soberano de María, en toda la serie de los 19 siglos de la Iglesia, se acredita de verdadero, de prodigioso, de universal, después del de su Hijo, ó más

bien dicho, en tiernísima combinación con el de su Hijo. Gócese nuestros amables lectores en estos pasajes de ese feliz asunto, en que el guanajuatense ilustre orador sagrado, pone al servicio de nuestra amada Reina las primorosas dotes de su variado ingenio, de su alta inteligencia. (\*)

«Tres templos insignes se elevan hoy en la cristiandad, dedicados á la Reina de todos los santos, cuya construcción reconoce por origen un milagro patente, y se debe á la voluntad de la augusta Señora, manifestada por sus propios labios. El primero, es la soberbia Basílica que el Papa Liberio construyó sobre el monte Esquilino, con los haberes de dos piadosos cónyuges á quienes apareció, lo mismo que al Pontífice, la Virgen Sacrosanta. El segundo, lo tenemos en nuestra patria, y nadie de vosotros ignora que la misma María descubrió su voluntad al neófito Juan Diego, y le señaló el montecillo que en Guadalupe se eleva, como el lugar en que quería ser adorada por los habitantes del Nuevo Mundo. El tercero, es el que en Francia acaba de construirse, y de que hemos querido hacer un remedo en miniatura en el santuario que acabo de bendecir.»

«Al bajar del cielo la Madre de Dios, no quiso, como compete á todo embajador, que se prestara fe ó á sus propias palabras ó á la de aquéllos á quienes se dignó aparecer, sin presentar, por decirlo así, sus credenciales, y dar evidentes pruebas de su venida y de su celestial procedencia. Sólo Liberio y los afortunados esposos vieron en sueños á María; pero Roma entera pudo contemplar la cumbre de una de sus siete colinas cubierta de nieve, de milagrosa nieve, mientras el sol abrasaba el resto de la ciudad y la península itálica, en la época de los más fuertes calores. Sólo á Juan Diego recreó la vista de la Soberana Señora de Guadalupe; pero á muchos fué dado tocar las rosas nacidas prodigiosamente en árido terreno y en pleno invierno: todo el que quiera puede admirar el lienzo en que quedó pintada la imagen divina; y el mundo entero, quiera ó no quiera, tiene que contemplar con asombro ese prodigio entre los prodigios: la casi repentina conversión de los aborígenes, que sucedió á la aparición de la Virgen, y que persevera hasta el día á despecho de los esfuerzos de la impiedad.»

(\*) Pág. 350, tomo II. Sermón predicado en Monterrey el 1º de Mayo de 1883, en la dedicación del Santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

«Al bajar la Reina del cielo á la roca de Lourdes, los tiempos y las circunstancias eran bien diversos. Para satisfacer á la generación tan incrédula como investigadora, del día, se necesitan milagros mayores y más potentes que para convertir á los feroces aztecas ó afirmar la fe en la Roma del cuarto siglo. La incredulidad de nuestra época, como los escribas y fariseos del tiempo de Jesucristo, niega con inaudito descaro hasta la evidencia, y sería capaz como aquéllos, de intentar matar de nuevo á un muerto resucitado, por no dejar ni rastro de un portentoso. (Cogitaverunt ut et Lazarum interficerent. Joan XII, 10.)»

Por fin, y repitiendo muy expresamente lo ya dicho, de que las menciones ú omisiones en este asunto de familia, no significan de parte de este Sargento nada desfavorable ni desconocimiento de méritos y de grandes méritos para quien no sea mencionado, así como esa alabanza dista mucho de ser lisonja, cerramos este capítulo con el recuerdo de otro escritor guadalupano, el Ilmo. Pastor de Yucatán, Carrillo y Ancona. Su palabra de paz y de caridad, tanto como de fe en nuestra santa causa Guadalupana, le hace entre nuestros apolo-gistas un lugar eminente.

Su «Carta sobre la Aparición Guadalupana,» en que pondera con tanta fe como caridad la nueva confirmación que en 9 de Julio de 1888 la Santa Sede, por medio de la Suprema Congregación de la Romana y Universal Inquisición, hizo de las apariciones del Tepeyac, es monumento imperecedero de la gran causa. Ese docu-

mento provocó el audaz é impertinente ataque de «Don Estudio,» feliz impertinencia que dió márgen á que nuestro Antícoli escribiese su ya bien ponderado «Magisterio de la Iglesia,» con que puso al estudiante verdaderamente en la picota. Nuestro General, el gran Prelado yucateco, no dejó de agrandar mucho á nuestra Reina, como bien fundados lo inferimos de que sus cohermanos han conferídole el cargo dichosísimo de predicar el sermón del día insigne mismo en que la Coronación se celebró. Ese sermón lo tenemos á la vista, y es muy justo poner aquí de él una muestra y rematar este relato de los grandes apologistas de la dichosísima veintena, con ese corto fragmento de tan afortunada pieza oratoria.

(\*) «Hé aquí por qué en realidad, señores, la gran Reina de cielos y tierra se propuso en su caridad ardiente no ser más que una verdadera Madre nuestra, y Madre tierna, que avasallase nuestras almas, no por la soberanía de su absoluto imperio, sino por la celestial dulcedumbre de su amor y de sus constantes beneficios. Santa María de Guadalupe se interpuso entre el acero del conquistador y el indio conquistado. Después de disipar la tiranía anterior al descubrimiento, para lo cual sirvió la conquista, á pesar de todos sus defectos y males, puesto que determinó el bien de echar abajo aquella antigua tiranía, que era la peor y la más dura, pues eran insaciablemente sanguinarios y por todo extremo crueles los dioses aztecas, verdaderos verdugos los ministros de su falso culto, y sobre manera déspotas los mandatarios públicos; impuso freno á los desmanes horribles y bárbaros de los guerreros invasores, que hubieran creído que todo les era lícito, si no hubiesen tenido que respetar y temer las sacrosantas leyes de la Religión, de la Moral y del derecho del Hijo de la Virgen. Esta religión unió y constituyó en un solo pueblo las dos castas diversas, indígena y española, y así nació

(\*) *El Tiempo*, diario de México, 20 de Octubre de 1895, suplemento.

la actual raza verdaderamente americana. Y si en más de tres centurias no se hubiesen venido oponiendo á la religión católica tantos obstáculos mundanos, ¡oh, cuánto más grandes, más adelantados y más dichosos no serían hoy todos los pueblos del Nuevo Mundo, y muy particularmente el pueblo mexicano! ¡Santa María de Guadalupe, como Arca divina, nos ha conducido desde la esclavitud pagana, nos ha guiado por enmedio de un mar de sangre y dolores, por un desierto de pobreza y abatimiento y por unos campos enemigos, hasta sacarnos sanos y salvos! Santa María de Guadalupe es el blasón de nuestra gentileza á contar desde el descubrimiento que ella dirigió, hasta la Independencia que ella inspiró y coronó, y de la cual ella misma es el escudo y el lábaro glorioso. Quebrantando la cabeza de la serpiente, Santa María de Guadalupe es en realidad el águila simbólica de nuestra empresa heroica, águila que domeña y destroza con fuerza irresistible á la serpiente de la apostasía, de la división, de la discordia, de la ruina y de todo mal. Por eso á la Inmaculada Virgen, como se mostró al discípulo amado en sus apocalípticas visiones, le fueron dadas dos alas de grande águila, para hacerla invencible y para que pueda dispensar patrocinio y protección. Et datae sunt mulieri alae duae aquilae magnae. (Apoc. XII).»

Dignísimo hijo, no sólo de la Iglesia Católica, sino de la amada Patria mexicana, es quien escribe, con tan excelentes conceptos y afectos de ese gran prodigio, como el Prelado yucateco. Por cierto que no se equivocaron sus respetabilísimos hermanos, cuando le han cedido el puesto de honor de llevar la palabra oratoria en el gran día de la Coronación, en la gloriosa Basílica.